

© Yaugurú

ISBN: 978-9974-8193-0-6

EL CLÚ DE YAUGURÚ | julio/09

Colección dirigida por

Gustavo Wojciechowski

yauguru2008@adinet.com.uy

Primera edición: junio del año 2009

Se editaron 300 ejemplares numerados.

Diseño: Maca

Puesta en página realizada en QXPress,
utilizando la tipografía ITC Garamond condensada
Impresión: CBA. D.L.: 337,742

Escribir.

¿Cuántas veces he escrito la palabra escribir? ¿Cuántas veces te he dicho que existen muy pocas cosas para mí más allá de escribir?... Por supuesto que las hay o las debe de haber, pero... yo no creo en ellas, o, lo que es peor, me siento incapaz de llegar a ellas, acceder o penetrarme como una fruta, comerme el carozo y que me haga buen provecho, chorreándome por los extremos delicados, de las comisuras al vientre...

Claro, no es siempre, pero es. O es al escribir.

Yo derrocho -por así llamarle- toda mi energía en escribir, y para lo demás me falta el aire. No me alcanza la alegría. Esto no sería nada si creyera que la alegría, la libertad está en el arte (bello lastre romántico). Sin embargo, creo que está en la realidad real o en sus bordes pegajosos como ciruela o dedos mismos, la realidad. Yo no llego al arte por convicción o concepto, sino por descarte.

Es el asco de vivir.

En realidad escribo de aburrido, así como podría jugar al dominó, juntar figuras, amar mujeres envenenadas. Es una forma de dejarse.

Quizás el único momento de reconciliación se produzca en el amor... o más bien en el erotismo. En ese instante de abandono, donde uno intenta fundirse en el otro, traspasarse, cambiar, dejar de ser uno, ser otro, otra cosa.

Vivir en vos.

Todo el orgasmo es una desesperada búsqueda de dejar de ser uno mismo. Creo que yo no podría hacer el amor con alguien a quien no admirara o repudiara decididamente. Canibalismo.

*Uno no se mata por amor a una mujer. Nos matamos porque el amor, cualquier amor, nos revela en nuestra desnudez, miseria, inermidad, nada.*¹

Entonces lo erótico no es un intento de huida o abandono de nuestro cuerpo, sino el mayor de los espejos, es un querer verse en los ojos del otro, dignificarme en vos. Es, pues, el narcisismo el mayor acto de amor a sí mismo.

No habría imaginado masturbarme en tu vagina.

[...] cada acto es un llamado, un pedido de encuentro, no me dejen solo... pero de la manera más cruel, estúpida y deliberada: metiendo la cabeza en el ventilador: el masoquismo.

(En el ventilador de tus piernas mi cabeza se hace tan chiquita, se jibariza.)

Creo que la estupidez es uno de los rasgos más sobresalientes de la gente, y yo soy un enamorado del masoquismo, a pesar de mí.

[...] mi cara, aquella hermosa y limpia cara, la de antes de tus piernas, esa cara ya no la podré encontrar jamás. Se ventiló demasiado. Se destiló.

Amor mío, te tendrás que conformar con esta sarta de pelos y jugos.

Todo escritor es un pedante, se cree que es tan imprescindible que por el solo caso de escribir, los otros deben leerlo.

Quiero que la gente diga que soy un genio. Quiero enojarme por eso. Quiero tener fama y que me moleste. Quiero que me reconozcan. Pasé más de tres años sin escribir y nadie se enteró. La eternidad es más corta que una buena madrugada. No necesitaré un monumento. No lo habrá.

¿Será la ciudad acaso un invento femenino,
una trampa, una creación
solo para encandilar a los hombres,
para dejarlos escribiendo sobre ella,
mientras las otras se pasean por las verdaderas cosas
como por una calle desconocida?

El verano es abusivo en mujeres, y yo no tengo más que ojos para ellas.

[...] El amor está lleno de odio.

La elección del tema, ya sea en forma consciente o inconsciente, es trágica. Algo que me supera, que es más que yo, que me sobrepasa y me deja fragmentado. Tiene que ser alguna cosa que íntimamente sepa que no me van a dar las tretas ni la respiración para poderla asir. Con la mujer suele ocurrir lo mismo. Tiene que oler a riesgo, por debajo del olor tiene que oler a que me va a doler, a que se va a quedar con mis testículos enteritos, a que me puede tragar como a un frankfurt. Las demás me resultan espantosamente aburridas.

La única manera de lograr algo en literatura (y tal vez en cualquier otra actividad) es no pretendiendo, no ser un pretencioso. Pero... ¿cómo desterrar tanta ansiedad de placer?

Cada depresivo sabe dónde muere el día.

A veces me pareces autoabastecible, como que te bastaras a ti misma para estar triste, para estar alegre. No necesitas avisarle al mundo que vas a llorar ni andas lagrimeándolo por ahí: lloras. Lloras sin permiso, aunque secretamente... si es que lloras.

Es asombroso todo lo que imagino de vos, todo lo que no sé ni sabré nunca. Eres una desconocida que me ha usurpado la cara, y yo, perplejo, solo atino a pedirte noticias de mí, que me digas qué soy, ahora, sin mí.

Claro, yo siento que no necesitas del mundo porque en realidad el mundo te es cercano, te tratas con él y te llevas bien. Yo soy el adúltero, el otro. El que te espía en un trasluz incomprensible, el que te sigue escribiendo como un amante ocasional... mientras tanto has formalizado tu relación con la vida. (¿No será que te noto autoabastecible porque me doy cuenta de que ya no te hago falta?)

¡Qué triste!

No dejo de ser un vanidoso, me creo que pierdo contra la vida (oh grandilocuencia).

En definitiva, sigo sin aceptar que no me quieras.

El dolor es solo el mar donde hago la plancha, tú el oleaje.

Pienso en la muerte. O, tal vez, no sea exacto. Debería decir: pienso en morir. Y ahora, también en la muerte, o más bien en los muertos que más quiero y me acompañan y me saludan contentos desde su sitio. Pienso en morir.

Por mucho que te esfuerces, no podrás llenar este vacío o llenarme poniendo un mármol, un color, un pájaro matinal o el poema que habla de cómo era estar al borde de la ausencia. No hay lugar. No hay lugar para tus intenciones, está lleno, repleto de nada. Nada.

Lo debería escribir. Hace tiempo que vengo pensando en la posibilidad de escribir una serie de textos que podrían llamarse *Llueve o truene*. Aunque sé que al contar ese proyecto libero tensiones, el impulso primario de escribir se diluye. Como que prometerlo, declararlo, me libera de hacerlo. Es inevitable. Serían textos sobre esas cosas que uno sí o sí debe hacer. Como dictámenes impuestos por una fuerza superior, llámese dios, destino o fatalidad. Un designio ineludible. Pero... yo no creo en esas cosas.

Existe una especie de vacío o ausencia que me nace y se instala en el epicentro de mi actividad. Bueno... mi actividad no es otra cosa que la angustia. A ella yo le brindo todas mis energías, mis mejores esfuerzos, y ella, enamorada, me devuelve más vacío.

Por más que hagas no podrás llenar este vacío o llenarme poniendo un árbol, un color o un pájaro matinal desesperado por cantarle al viento que sopapea su cara o el poema que hablaba de cómo era estar al borde de la ausencia. No hay lugar. Está lleno, repleto de vacío.

[...] Por más que haga hay una parte innombrable que permanecerá inmune, y es esa parte la que me designa, la que me identifica, la que resistirá por más tentadora que sea la felicidad o la mentira.

[...] Tengo miedo de que mis calzoncillos sean los calzoncillos de los ahorcados.

[...] Definitivamente la felicidad y la mentira suelen ser lo mismo. La única diferencia sería la ubicación que uno ocupa frente al objeto -o, más precisamente, la mujer- que emite la luz, nuestra sombra, la mentira.

[...] Y esa parte última resistirá, resistirá por más tentadora que sea una cade-
ra o por más fuerte que sea el golpe sobre el golpe mismo, resistirá.

Ya he intentado por todos los medios destruirla, embaucarla o venderla, he intentado bajo cualquier precio o metáfora dejar de ser yo, hasta que me di cuenta de que lo más mío es precisamente esa necesidad de dejar de ser yo. Ser otro o componer la unidad... ya que, inevitablemente, estoy incompleto. Luego de tanta página, algo, alguna cosa o cosita minúscula, endemoniada parte o partícula se me escapó, no está. No sé qué... pero falta. Lo siento. Y los supuestos parches, literatura o mujer, no recomponen esta ausencia.

[...] A través de los años y las revolcadas lo único que uno puede mejorar son los mecanismos de defensa, en lo demás no hay cambio, solo variaciones de intensidad o tono, menudencias. La agilidad espontánea se vuelve simple mecanismo de astucia; un gesto, desconfianza. Qué triste, un viejo zorro se lame los costados en soledad. Pelos brillantes, baba...

Me doy cuenta de que estoy de vuelta de todo pero sin haber ido, como que de tanto sufrir me creo que no he sufrido nada, como que he salido íntimamente ileso de todo, apenas la cara un tanto chamuscada, que, al igual que las manchas del colchón, se puede secar, limpiar o pudrir.

[...] Viejo veredicto, lo que importa es la obra.

Mientras tanto el ambiente cultural se consume al pie de la escalera: unos tristes mechones producto del forcejeo. No vale la gloria la disputa por una mierda de consuelo. ¡Son tan minúsculos los premios por bajarse los calzones! ¿Acaso me entregarían una plaqueta por ser el mejor poeta de la jornada?

Sigamos vendiéndonos y comprándonos: monumentos, obeliscos, espejitos, tranvías sin vías habilitadas.

No voy en tren y los aviones me darían dolor de barriga.

Mejor me quedo quieto. La mejor forma de andar.

Eres una muralla, un pájaro, un color. Pero siempre una unidad. Única. Indisoluble. ¿Qué más te podría decir un repartido? ¿Que te extraño? ¿Que te necesito? ¿No te parece demasiada retórica?

Me han ofrecido muchas formas de morir, pero hasta ahora ninguna acorde con mi genialidad. Inténtalo otra vez.

Al final todos aceptamos la deslealtad de la compasión.
Aprendemos a ser compasivos, es decir, a pedir un poco de compasión.
Todos somos oriundos del cristianismo.

Amén.

No se olviden de ti.

Estoy triste: todos mis lectores han de morir.

Quién iba a decir que la gloria sería así, esa tristeza zonza cuando los vecinos te felicitan porque saliste en el diario o en la tevé, en vez de felicitarte por lo que hiciste para salir en el diario o la tevé... Bueno, de todas maneras, a la mañana siguiente mi cara envolverá la basura del día anterior.

No imaginaba morirme de cáncer. Lo juro, no lo creía, no entraba en mi registro de posibilidades. Siempre supe que iba a morir de un infarto o, tal vez, de aquella palabra tan sabrosa y áspera, decididamente hermosa: síncope. Claro, lo habría preferido, morir cardíacamente, como se debe morir, como mi padre. Sin embargo, ahora lo pienso, lo siento, lo presiento: moriré de cáncer. Sí, moriré de cáncer y ya no es ninguna novedad.²

Pertenezco a la raza de los escritores. O mejor dicho a la de los escritores polacos, es decir, la más despreciable de todas las razas. La más pedante, descalificadora e ignorante. Será por aldeanismo, por dificultades, limitaciones o por lo que sea, pero es así, algo indudablemente despreciable.

Son todas gentes muy eruditas en cosas que a nadie interesa, ni a mí. ¿Qué pueden saber de lo que me obsesiona? No saben nada de mí... ni les interesa. Ni siquiera saben que los detesto, no se lo pueden imaginar... si se los dijera no lo podrían creer. Pura ceguera.

pero como
 me siento frente al plato vacío
y me alimento de ausencias
como y no me siento las partes se reparten
me parto me vuelvo a partir
y no me siento
y no me siento

Pero... ¿cómo? ¿con qué juego, con qué malabarismo, con qué pala voy a llenar este vacío, esta inquietud que me brota, me quema, me supura del ombligo, del alma, del vacío? ¿Dónde voy a meter la trompa? Si para colmo no distingo tu escote y me duelen los dedos de tanto escribir. Pero... ¿cómo? ¿con qué juego, con qué malabarismo, con qué pala voy a llenar este vacío, esta inquietud que me brota, me quema, me supura del ombligo, del alma, del vacío? ¿Dónde voy a meter la trompa? Si para colmo no distingo tu escote y me duelen los dedos de tanto escribir. La vejez es un calambre en los dedos. Tu ausencia.

No le debo nada a nadie. Todo lo que tengo lo robé. Tampoco interesaría demasiado. Lo importante es llegar a un grado óptimo de indiferencia. Prescindir. De todo.

ronca la heladera sin ninguna consideración
pasa un auto desvelado
una moto atraviesa el momento
justo en que creo podía quedarme dormido

...

no duermo
sueño que estoy despierto
y no puedo dormir
no sueño
duermo como si estuviera despierto
sin haberme
dormido

...

el abismo está ahí
silba caminando uno
se hace el distraído
saluda transeúntes
educado es
aunque está ahí

CÁNCER

Me gustaría escribir un texto que se llamara *Cáncer*. Empezaría así:

ahora sé que todo tránsito fue un tránsito hacia ti, que siempre fui acercándome a tu ley, que solo trabajé para ti, que siempre me tuviste, siempre te he pertenecido, como el más desgraciado de los amantes, como el más feliz, como el más infeliz. una simple sombra. una inevitable conclusión.

los dos sabemos que al final hay incompatibilidad, que uno de los dos tendrá que ceder y dejarse morir en el otro.
no cabe duda: te veré en mi agonía resoplar feliz y ya pronta para otro amor.

sé que estás aquí.

te siento.

sé que sabes que lo sé y ese es tu triunfo y mi obsesión.

siento las uñas de mi amigo muerto hace tres años tironeándome del estómago, dolorosamente.

no hubo consulta médica, no hay dictamen, nada de placas.
simplemente lo siento. late.

el new age no morirá de cáncer

No escribo para testificar tu poderío, sino para dejar constancia de mi conciencia.

Pero no sabría cómo seguir. O será mi vieja compulsión a dejar las cosas por la mitad.

Nunca sabré si te dejé la vida llena de perros o si soy yo el romántico: un perrito
lleno de vida. De todos modos ya no es posible.

Dejémonos coger por la alegría. Ella es suave, y además es lo mejor que nos podría pasar. Aunque tenga que escribir.

Todos los poetas tienen una única novela inédita, o habrían querido o aun la presienten entre sus proyectos. Una novela para derrocar a todas las novelas. Más de uno lo intentan. Los poetas son muy pretenciosos.

Durante buen tiempo pasé desapercibido. No era lo suficientemente fuerte o diestro o malo o enérgico o pedante o hermoso o feísimo o terco o majadero. Durante buen tiempo esperé sentado el momento en que las cámaras me enfocaran. Solo había paneos. El interés estaba en otro lado.


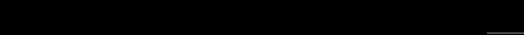
Ahora soy el escritor y quisiera que me dejaran en paz. Volver a no ser majadero ni terco ni feísimo ni hermoso ni pedante ni enérgico ni malo ni diestro ni fuerte.

Estoy dispuesto a desandar el camino recorrido. Desaparecer.



He llegado al foco de la cuestión, al lugar al que pretendía llegar aunque ya se me fueron las ganas de estar aquí. Tal vez, simplemente me equivoqué. Tendría que haber querido otra cosa.

Aunque no tenga provecho, oscurece y se acciona el mecanismo. Repaso mentalmente los bares que pueden estar abiertos. No es que vuelva a tomar. Simplemente llevo el control de los bares que están abiertos a esta hora.

Una vez más me doy cuenta de que lo que hice no alcanza, no es suficiente. De que lo que escribí no logra ni acercarse al lugar donde Rimbaud descansa sorbiendo un jugo de naranja. Entonces debo volver a escribir. Intentarlo otra vez. Empecinadamente. Juntar coraje y lanzarme de cabeza contra la obra. Y una vez más termino por darme cuenta de que ya están todos los puestos cubiertos, no queda casillero disponible. Ni para la poesía, ni para el cuento, ni en el borde del borde. Solo baratijas descartables: entrevistas televisivas, notas en un semanario, agasajos y mimos. Es decir: un nuevo y formidable chichón en el medio de mi triste cabecita.



A veces uno cree que lo hace dignamente, aunque íntimamente sabe que podría haber sido distinto. O mejor dicho: preferiría que hubiese sido distinto. No hay heroicidad ninguna. Reconocerse como escritor es admitirse cobarde. Un miserable. Un sucedáneo de lo que pudo ser. Patético. Habría preferido ser general, deportista o cualquier otra cosa... hasta actor, representar la heroicidad. Soy el extra.



Solo en el terreno del arte un disparate puede ser interpretado como genialidad. Obviamente son los jóvenes los más propensos a entusiasmarse, esa vieja manía de andar encontrando genios en cualquier lado. Mientras tanto yo contribuyo a la confusión general. Simplemente me limito a decir cuanta cosa se me viene a la mente, sea el disparate que sea, y cuanto más, mejor. Siempre tendré la excusa de estar medio gagá o borracho. A mi edad no tiene ningún sentido cuidarse. Si me excedo es simplemente porque me dio la gana. Mientras se ocupen de lo que digo no hay problema. Yo me seguiré ocupando de mis cosas, es decir: haciéndolas.

Quise ser superhéroe. Uno cualquiera, de las revistas. Un alguien a quien la gente respeta y quiere y no olvida. O al menos jugador de fútbol. No uno cualquiera, el goleador. Lato... o Włodzimierz Lubański. ¿A quién se le puede ocurrir ser lateral derecho? Se llega a estar en el lateral por desplazamiento, porque no se es muy bueno ni para una cosa ni para la otra, y ahí vas, derecho al lateral. Ahora soy el escritor. Eso creen todos. Hasta yo mismo terminé por creerlo. Yo quería ser superhéroe. Soy simplemente el suplente de lateral derecho, el que escribe cómo va el partido. Un tanto distraído... es muy aburrido el partido.

El prestigio de un escritor no debería sustentarse en la sucesión de obras y premios, sino en su capacidad de mantenerse en silencio. Saber qué es lo que realmente tuvo que decir y, una vez dicho, callarse. Aguantar la respiración. Pero los escritores creen poder encontrar lo que perdieron. Siempre se convencen de que lo que viene será mejor y garrapatean las mínimas pistas. Chapuceros.

Momentito. Por más que expriman mis testículos no lograrán sacar un hijo de mí, una bella contradicción, el arrepentimiento. No hay lugar. Lo único que puedo es construir una metáfora con que taparme.

Si no me rompen los huevos prometo portarme bien. Está bien. Lo haré, finalmente lo haré. Lo juro. Pero ya no me rompan los huevos. Ya encontraré un inexistente lugar donde acallar mi hocico pretencioso. No me sigan. La luna está vacía. No hay lugar ni para dos. Por lo tanto no me rompan los huevos no me rompan los huevos no me rompan los huevos no me rompan los huevos. Ya todo está bien.

Algunas cosas que entre otras pude haber escrito y que hoy ya no recuerdo son las que realmente importan, pero como dije ya las olvidé y no tiene sentido hablar de lo ya perdido.

Alzo mi copa y brindo:
he dejado de tomar

Cualquier homenaje que me hagan después de muerto nada tendrá que ver conmigo. No será para mí, no se engañen, estaré en otro lado. Será enteramente para ustedes. Que lo disfruten. Y recuerden: morir no tiene ningún mérito.

Todos los escritores van al cielo... ¿a qué?

Soy un escritor. No quedaba otra cosa en la mesa de saldos y estaba por cerrar.

¡Lástima! Pero solo puedo pensar que la primavera es la decadencia del invierno.

ESQUELITA:

No puedo dejarte otro mensaje que este.
Tengo un papelito así de chiquito.